

SAN PABLO, SUS RAÍCES FARISEAS

El camino de Damasco supone un cambio radical en la vida de San Pablo, en cuanto que el encuentro con Cristo resucitado alteró del horizonte de su manera de pensar. Hasta aquel momento giraba en torno al esquema fariseo. Este dato de la personalidad de San Pablo es confirmado por él mismo, y por San Lucas, aunque cada uno presenta matices complementarios.

Sus informaciones se antojan indispensables para conocer esta vertiente del apóstol de las gentes.

1. Las noticias de San Lucas

En su libro de los Hechos de los Apóstoles, en cuanto presentación de la expansión del cristianismo, proporciona algunos rasgos del pasado fariseo del gran protagonista de la segunda parte de dicho libro. Siendo secciones narrativas-apologéticas, Lucas retrata a Pablo como un judío, y un judío fariseo de la estricta observancia. Pero veamos los textos referidos a esta vivencia paulina.

En el ámbito de la acusación de los judíos contra Pablo ante el tribuno Lisias por haber introducido unos paganos en el templo, él afirma ante el sanedrín en Hech 23,6: **“¡Hermanos, yo soy fariseo, hijo de fariseos!, ¡yo estoy siendo juzgado por esperar la resurrección de los muertos!**, y otra vez hablando ante el procurador Festo y el rey Agripa II declara: **“Pues bien, mi estilo de vida desde la juventud, que trascurrió desde el principio en mi nación y en Jerusalén, lo saben todos los judíos que me conocen de antes, si quisieran declarar como testigos, que, conforme a la escuela más rigurosa de nuestra religión, viví como fariseo; y ahora estoy siendo juzgado por esperar en la promesa hecha por Dios a nuestros padres”** (Hech 26,4-6).

2. El testimonio de Pablo en sus cartas

Dos son los textos que ofrecen la versión del apóstol:

En Gál 1,13-14: **“Pues oísteis hablar de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo: que perseguía encarnizadamente a la iglesia de Dios y quería exterminarla, y hacía más progresos en el judaísmo que muchos de mi compatriotas de mi edad, siendo enormemente celoso de las tradiciones paternas”**.

Posteriormente en Filp 3,5-6 él se define en estos términos: **“Circuncisión a los ocho días de nacer; del linaje de Israel; de la tribu de Benjamín; hebreo de hebreos; respecto a la ley, fariseo; respecto a fervor, perseguidor de la iglesia; respecto a la exactitud en observar la ley, irreprochable”**.

Por otra parte, hay que recordar el cliché que nos transmiten los evangelios sobre la conducta de los fariseos (Mt 23,1-36; Mc 12,38-40; Lc 11,37-54; 20,45-47), no tan favorable, y, además, en tiempos de Jesús eran numerosos. Pero una información más precisa de los fariseos se halla en el Talmud, que ofrece una clasificación según su comportamiento y mentalidad:

- el fariseo farolero: hacia buenas acciones para ser visto por los hombres (Lc 18,9-14).
- el fariseo remolón: aquel que reenviaba hacer alguna obra de caridad o justicia con la excusa de cumplir un precepto de la ley (Mc 7,9-13).
- el fariseo calculador: aquel que habiendo hecho alguna acción buena afirma que puede realizar una mala y así la equilibra.
- el fariseo economista: es decir, para no perder una ganancia, veía el modo de encontrar alguna acción de poca utilidad en la actividad cotidiana de modo que, pasándola por alto, podía dedicarse otra buena y mejor.
- el fariseo siempre ocupado: aquel que no tenía nunca tiempo para empeñarse en obras buenas (Mt 19,16-22). Estaba disponible sólo de palabra: “¿Qué obra tengo que hacer para conseguir la vida eterna? (Mt 19,16-22), insinuando que siempre había obra correctamente.
- el fariseo temeroso: quien se regía por miedo al castigo divino.
- el fariseo por amor: se refiere aquellos que se comportaban admirablemente porque amaban a Dios de todo corazón

La última categoría era más valorada y apreciada por los mismos fariseos, y a esta debía pertenecer San Pablo según se desprende de Gál 1,13-14, e igualmente de Hech 22,3-5 y 24,14-15.

De los datos que disponemos se puede concluir que San Pablo haya sido un celoso de Dios y de la ley, y que en la grandeza de su ánimo haya encontrado en esa vertiente del judaísmo un ideal de vida, que sólo la gracia derramada en él por el Señor resucitado dio un vuelco a su vida y pensamiento. Apoyado en la fuerza de Dios se convirtió en apóstol de la gracia y la justificación.

Miguel Álvarez, ofm.